



RETORNAR A LOS VALORES

Jesús González López

La Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, su Facultad de Historia, Geografía y Letras ha convocado a este Segundo Congreso de Humanidades, bajo el epígrafe: “La Universidad frente a la Crisis del Hombre Contemporáneo”.

Se abre hoy un importante espacio académico para la reflexión de temas sustantivos que deben llenar siempre el quehacer esencial de la Universidad: Universidad, Modernización, Ciencia y Tecnología, Arte y Literatura, Sociedad y Cambios, Ética, y todo esto en la preocupante atmósfera de una CRISIS generalizada.

No es necesario describirlo, por cuanto todos lo vivimos y experimentamos cada día. Se nos ha impuesto una cultura de lo utilitario, de lo inmediato, de lo material, de la productividad y de la eficiencia operativa.

Esta sociedad pragmática y periférica ha ido desdibujando la grandeza de lo Humano y se ha impuesto “lo urgente”, desplazando a “lo importante”.

Retornar a los valores en el mundo de los principios es tarea fundamental de todas las formas de Humanismos.

Si queremos una Sociedad más humana tenemos la responsabilidad, como Humanistas comprometidos, de desarrollar la dimensión del arte, de la literatura, de la religión como expresión y de “lo gratuito” y “gratificante” para el Hombre, en contraposición a la cultura de la eficiencia y de la productividad, que nos está contaminando.

En este contexto cultural existista, se torna de suma urgencia y gran actualidad una seria reflexión sobre el tema de la Persona Humana.

El “Conócete a ti mismo”, imperativo Socrático proclamado como prerrequisito de todo otro tipo de conocimiento, tiene hoy la misma vigencia que ayer en la cultura helénica.

A primera vista se tendría la impresión de que la humanidad, en este momento de la explosión del conocimiento humano y del portentoso imperio de la tecnología, estaría más madura para dar una adecuada respuesta a las interrogantes fundamentales acerca del hombre. En efecto, nunca como ahora se había avanzado tanto en las diversas ciencias del hombre, tales como Biología, Fisiología, Medicina, Psicología, Sociología, Economía, Política... Podría entenderse que todas estas disciplinas han logrado ya despejar las incógnitas que existían ayer con respecto al ser del hombre y a la estructura de su comportamiento.

Parecería que el hombre ha logrado ya descifrar a cabalidad la lógica del conocimiento, la lógica de los sentimientos y la lógica del comportamiento.

Comprobamos con entusiasmo el portentoso desarrollo de las ciencias y el explosivo imperio de las tecnologías; y no obstante ello, el interrogante sobre el hombre y su destino se hace cada vez más difuso en medio de esta gigantesca empresa cultural que él mismo ha levantado. Esa aceleración vertiginosa de las ciencias y de las técnicas se nos presenta junto a una creciente incertidumbre con respecto al ser del hombre y a su destino último.

Fue Martín Heidegger quién advirtió:

“Ninguna época ha sabido conquistar tantos y tan variados conocimientos sobre el hombre como la nuestra... Sin embargo, ninguna época ha conocido al hombre tan poco como la nuestra. En ninguna época el hombre se ha hecho tan problemático como en la nuestra”.

Y a su vez, ese gran Existencialista Cristiano, Gabriel Marcel, nos describe al ser humano como ese “ser desheredado y marginado de la cultura, que ya no sabe ni quién es ni para qué existe”...

Quizás estemos asistiendo hoy a la más profunda crisis de identidad por la que jamás haya atravesado el hombre a través de su historia y frente a esta grave incertidumbre y esta desorientación profunda con respecto a su propia imagen, el hombre anhela con ansias el redescubrimiento de su ser y del sentido de su ser y del sentido de su existencia en el tiempo y más allá del tiempo.

El individuo está centrado en los límites de su propia subjetividad, pero cuando este mismo individuo psicofísico se comunica con los otros, respeta o viola las leyes, se sacrifica por sus semejantes o se aprovecha de ellos, etc., entonces podemos decir de él que es una persona.

La persona, es, pues, apertura, intencionalidad radical. Podemos decir que la persona se está haciendo siempre desde la tensión dinámica entre la absoluta “individualidad”, y la absoluta “entrega” a los demás. La persona es un ser concreto y único, pero al mismo tiempo “fundamento” y “fuente” de actos de diversa índole que emanan de su capacidad de pensar, de querer, de sentir, de creer y destruir, de manipular.

Ese gran humanista francés, Emmanuel Mounier proclama en el “Manifiesto al Servicio del Personalismo”:

“Soy persona desde mi más elemental existencia, y, en lugar de despersonalizarse, mi existencia encarnada es un factor esencial de mi personal asentamiento. No puedo pensar sin existir, ni tampoco ser sin mi cuerpo. Por medio del cuerpo me evidencio, a mí mismo, al mundo, al otro. Gracias a él escapo de la soledad de un pensamiento que no sería más que pensamiento de mi pensamiento”...

“Sólo existimos con los otros y frente a los otros; nos encontramos en los otros y no nos conocemos sino por los otros”.

La persona es, como vemos por este texto, no soledad, sino apertura a la comunidad; se encuentra inserta en una familia, en un medio social, en una cultura y en una época que ciertamente no ha escogido.

El concepto de “persona”, a diferencia del de “individuo” nos lleva de inmediato a la necesidad de “descentrar al ser humano, para que se pueda dirigir al mundo y a las otras personas en perspectiva de universalidad. Ocurre, por tanto, que los “otros” no nos limitan, sino que nos hacen ser y crecer como personas.

Yo soy una persona sólo en la medida en que “descubro el rostro del otro”; la “manifestación del rostro del otro” me instala como persona. Hay un “otro” que “me interpela” y me conduce a “ser persona”.

De ahí que todo “encuentro con el otro” sea comunión, comunicación, diálogo. La persona es, pues, una naturaleza “dialogal”.

La conciencia del hombre no es sólo conciencia cognoscente; también es “conciencia moral”.

El “deber” no es un ser, es un “deber-ser”.

El hombre es un ente que nunca ha cumplido del todo. Hállase en constante tensión de cumplimiento hasta alcanzar la meta. Si el hombre es “deber-ser” es porque antes es “poder-ser”, o sea “perfectibilidad”: es “LIBERTAD”. Educar no es otra cosa que despertar ese “deber-ser”, esa “libertad”.

La moral como “obligación” apunta a la “libertad del espíritu” y va ordenada a generar el equilibrio en medio de la situación de crisis connatural al ser del hombre.

El hombre frente a la conciencia de la situación de crisis, que se manifiesta en un sentimiento de insatisfacción, de inseguridad, de desencanto que acarrea estado de infelicidad tiene tres alternativas como salidas de solución: la primera quedar sumido en un sentimiento de desesperanza que lo precipite en la náusea existencial, que puede precipitar trágicamente o al cinismo como actitud existencial o al suicidio, como liberación definitiva.

La segunda vía es la aceptación de la inminencia radical o negación de toda trascendencia, anclando todas las expectativas en el progreso de las ciencias y de las tecnologías, proclamando la religión del “Desarrollo de la Humanidad” y procurando apostar al éxito en el negocio existencial. Los aciertos son generados de la felicidad.

Es la orientación que se perfila peligrosamente en la llamada Postmodernidad.

La tercera alternativa consiste en que el hombre sea capaz de superar esta situación de crisis con la fuerza de la “esperanza”, lo que se concretará en “proyectos existenciales” interesantes que se orienten al AGATHON, es decir, a la “Beatitud” con dimensión de trascendencia.

Octavio Fullat nos señala con fuerza:

“Ser hombres” es un indesmayable “querer serlo”. No nacemos hombres; queremos ser hombres”...

Es lo que Santo Tomás de Aquino enunció con una fórmula muy exacta: “Ego sum homo mea voluntate”. “Soy hombre gracias a la voluntad de serlo”... y ciertamente, no resulta fácil esta faena.

Y dicha voluntad de “ser-persona” implica sustantivamente el más comprometido ejercicio de la libertad de cada uno, por cuanto cada acción del hombre es “moral” en tanto en cuanto es “libre”.

Sobre este tema de “Humanismo y Ética” se nos abre un horizonte vastísimo de reflexión; queda abierta aquí una invitación a todos los participantes de este “Segundo Congreso de Humanidades”.

La doctrina de Plotino de la particulación íntima entre “Théorein” (teoría-‘contemplación’), práttein” (acción práctica, hacerse a sí mismo) y “poiein” (acción: hacer a los demás) es quizás el modelo más claro de la dialéctica inmanente en el acto ético-educativo. No hay otro fundamento metafísico de la posibilidad del acto ético-educativo sino el horizonte del ser como “verdad”, como acto de manifestación o develamiento en la “contemplación (“théorien”), del cual, en todos sus grados, los seres “se hacen” (“pratein”), es decir, “se realizan” en cuanto “contemplantes”, para “hacer” (“poiein”), a su vez, es decir, para “manifestarse a los otros” en el irradiarse de la verdad.

La raíz y la esencia de la acción moral es la contemplación. La acción, sea la de hacerse a sí mismo, sea la de hacer a los otros, se funda en la verdad, en el sentido más profundo en que la verdad es la manifestación del ser con “amabilidad”, es decir, como fuente de los valores.

Esta “acción” no se refiere a la actividad pragmática nacida de la necesidad de transformar el mundo en bienes económicos, en bienes de función vital, sino de “la acción que desborda desde la plenitud del valor, o como lo llamaban los Griegos, del ‘Agathón’ ”.

Es nada más y nada menos, la acción “éticoeducativa”.

Goethe, en el Fausto, nos urge al compromiso moral, cuando nos dice: “¡No tardéis en hacer uso de las fuerzas del bien”!... Es un llamado que hoy debe ser reiterado con fuerza, sobre todo, en el clima de esta cultura inmediatista y pragmática. Es un llamado a hacer crecer en el hombre el capital de espiritualidad. Estimo que hoy el potencial espiritual que encierra en su interior cada ser humano no está siendo explotado ni siquiera en un 50%. El desafío para cada uno de los constructores de la nueva humanidad es desarrollar esa fuerza espiritual en un 100%. Creo que el siglo que irrumpe va a caracterizarse por la vigencia prioritaria de la ética. En realidad, todos los recursos portentosos que está ofreciendo al hombre la Postmodernidad, no serán capaces de servir al progreso y al desarrollo de la sociedad, sino en la medida que se ordenan a fines “humanos”, es decir, a hacer perfecta a la persona humana, mediante el desenvolvimiento de la razón y de la libertad.

“Los excesos de la técnica ya no se solucionan con añadiduría de nueva técnica, sino con un cambio ético”, enfatiza el pensador español contemporáneo José Ramón Flecha”.

El objeto de la reflexión filosófico-moral no es sólo generar interpretaciones teóricas sobre la realidad, sino también adoptar una comprensión capaz de guiarnos en la acción y cuya validez hay que juzgar, en último término, por la calidad humana de quienes viven de acuerdo con ella y por la calidad de la sociedad que dicha comprensión los impulsa a tratar de crear.

Una filosofía moral vale lo que valen los que la viven. Los valores morales no se definen: ¡Se viven!

¡ES HORA, PUES, DE “VIVIRLOS”...!